

APROXIMACION A ORTIZ DE ZUÑIGA *

Por MANUEL FERRAND

Me hubiera gustado conocer al caballero don Diego Ortiz de Zúñiga. En viaje de ida y vuelta, el tiempo preciso para verle de cerca y escucharle, y así saber cómo era, en qué pensaba un hombre que dedicó a Sevilla lo mejor de su existencia.

En su casa de la collación de San Martín, junto a su mesa de trabajo, paredes con anaqueles y cuadros, entrando la luz tamizada de la tarde por la ventana acristalada. Hasta el zaguán mismo llegaría el runrún del barrio y los alatazos de las calles vecinas tan bullangueras para el donaire y la pendencia: calle de la Feria y aledaños de la plaza de Europa. Y dentro, la penumbra amable, el aire silente y acogedor para la charla o para la lectura. O para la tertulia literaria o academia porque allí se reunían eruditos, artistas, latinistas y poetas. A don Diego le gustaba así, respaldado por la solicitud sosegada de la señora doña Ana María, y era esta una tertulia más de las varias que mantenían la savia viva del quehacer y de la preocupación cultural de la Sevilla del XVII.

Le preguntaría qué pensó y sintió al recibir el nombramiento real de caballero veinticuatro de Sevilla, recién cumplidos los veinte años. Muy joven le destinó el Rey don Felipe IV para el gobierno de la ciudad, al lado mismo del asistente. De la ciudad que todavía mantenía su opulencia y sus complicaciones, que no había otra en los dominios del

* Leído en la sesión pública del tricentenario del analista, el 18 de enero de 1981.

rey con mayores motivos de asombro y sobresaltos; todavía con arrestos de sobras, porque faltaba por elevarse la arquitectura significativa y plural de los Figueroa, y porque seguía jaleada de requiebros por los más finos ingenios de España. Y, sin embargo, me imagino que el caballero don Diego me contaría cómo Sevilla iba cambiando, porque había de percibir un declive de entusiasmos y de realidades por culpa de todo y de todos, por la conjura de hombres y elementos: A la Roma Triunfante, todavía gallarda, le salían grietas: el Guadalquivir altivo e indomable que le había elevado al mayor rango, la castigaba con saña de avenidas; el huracán y el terremoto y las epidemias; y en la urbe suntuosa, el hambre asomaba como bandera incitante de motines. Don Diego, en el Cabildo, tomándole el pulso a los sinsabores de cada día, no ajeno a las demandas justas y a las entremezcladas de cohecho, sabiendo de regatonas y de cuestiones con la nobleza, asistiendo a las fiestas de toros y cañas, a los tedeum, y a los ajusticiamientos, al acoso de los mendigos y a la inquietante presencia de los valentones, a la procesión del Corpus con gigantones y tarasca. Y a los pleitos con el otro Cabildo, cuestión que seguramente mal llevaba tan cristiano caballero.

Me lo imagino cortés y tan sensato como sabio y paciente. Y que admitiría de buen grado mi impertinencia porque tendría que preguntarle cómo era, qué mirada y qué voz tenía don Miguel de Mañara, que él conoció bien porque siendo el venerable hermano mayor de la Caridad, ingresó en ella don Diego. Y allí conocería y trataría, quién podría dudarle, a Pedro Roldán, el imaginero, y a Bernado Simón y a los dos gloriosos compadres, Valdés Leal y Murillo. Es posible, y tan posible, que los viera realizar algunas de sus obras eternas y que razonara con ellos como varón entendido. Y que más de una vez contemplara otras obras de maestros, de Zurbarán, o del mozo Herrera, por ejemplo, expuestas allí donde se solían, en las Gradass, cuando de los lienzos recién pintados brotaban el color vivo sin asomo de pátina y la fragancia del óleo y de los barnices frescos todavía. Daría gusto escucharle, tan versado como era en

artes y en letras, sobre el declive de lo clásico, y olvido progresivo del magisterio italiano, sobre la arquitectura ornamental y expresiva de volutas, frontones rotos y curvos, columnas salomónicas con aplicación genial y genuina en los retablos.

Y hablaríamos de libros, como no; a lo mejor de aquella historia de Sevilla que se decía que andaba escribiendo Mateo Alemán; de las genealogías sevillanas de Juan Lucas Cortés, de la hoy perdida obra de Rodrigo Caro, de cómo eran y qué caprichos tenían tantos autores como llegó a tratar. Y como el caballero era tan dado a la lectura de libros y documentos y tan cuidadoso en escoger y retener conocimientos, me contaría algo de lo mucho que llegó a aprender en la vida y en los escritos sobre esa hermosa asignatura que es Sevilla. Y todo esto, antes, quizá, de que iniciara formalmente sus Anales, cuando aún lo andaba barruntando, con deseos de acometer la empresa y con la duda de por dónde empezar y de si tendría fuerzas para acometerlos.

Ya saben que el caballero don Diego Ortiz de Zúñiga quiso de joven tomar el camino de la Literatura y que empezó por la Poesía, como está mandado. Y que enseguida intentó la novela, dejando una que tituló «Aurora». Hablando de esto me andaría con cuidado, porque me pasaría lo que tantas veces, cuando me encuentro ante un autor sin saber qué decir de su obra, que sólo conozco de referencias. Porque de «Aurora» sólo sé que es narración con poemas insertos, a la moda del xvi, y de tema, al parecer, de andanzas y quejas pastoriles. El bueno de Méndez Bejarano no dice más sino que la vio en la Biblioteca Colombina; se limita a citarla en su biografía de don Diego, eludiendo juicio adverso o favorable, como si tratara a un pecado juvenil del futuro analista. Y lo mismo hace con otra, innominada e inconclusa, porque don Diego reincidió por los trabajosos empeños novelísticos y dio marcha atrás, a tiempo, que en casos así es signo de cordura.

Me contaría que derivó hacia la ciencia de los linajes y que por eso dio a la imprenta la genealogía de los Ortizes,

para empezar con los de casa. Y que hizo luego otro estudio más: sobre los Céspedes. Me enseñaría los tomos, papel con filigrana, linda tipografía, márgenes cuidados, y tal vez me adelantara sus propósitos de acometer otra obra más ambiciosa que abarcaría la nobleza de toda Sevilla.

Don Diego Ortiz de Zúñiga, cara a cara, charlando. Me lo imagino que con voz pausada y grave, y en un castellano preciso y armonioso, lengua de rango universal desde que fue modulada en Sevilla y su antiguo Reino: suavizada, probablemente seseante, tal como se envió desde el Arrenal nuestro a las Indias Españolas. Hombre de estudios y de gobierno, de academia y de lecturas, atento a novedades y antiguallas, rebuscador de archivos, transcriptor de latines, al servicio siempre de un solo tema: Sevilla.

El caballero culto, impaciente por acometer algún día la puesta en claro de mil confusiones, con tanto falso cronicón como andaba suelto; con la inquietud misma de Nicolás Antonio, erudito, bibliófilo, sevillano y contemporáneo de don Diego. Preocupado por la Historia y por el presente de su ciudad, dispuesto a reseñarla paso a paso, año por año, en el suceso sonado, en la efemérides notable, en la anécdota significativa, en el dato que podía perderse, que a lo mejor era una bula o una lápida epigrafiada en versales de arcuñia, o el pliego de cordel, noticiara relación de las que Gómez de Blas iba sacando de sus prensas.

Sevilla al detalle, año por año. Qué lección de amor y dedicación la del analista. No sólo por el propósito, sino por lo arduo y largo de la tarea y por el feliz resultado. Porque los Anales han recibido y seguirán recibiendo elogios de cuantos los han manejado como fuente seria y bien trazada de una amplia parcela de nuestra historia. Por el caudal de datos y por la precisión y claridad de la prosa, lo que no es baladí si recordamos que fue escrito por un culto de fines del xvii, cuando la extremosidad barroca no inducía a lo diáfano. Una claridad que sin llegar a grados de primores contiene la necesaria elegancia para que se lea sin asomos de enfado.

Les estoy hablando de una hipotética entrevista, ya ven.

El periodismo es una de mis dedicaciones, así que no les extrañe este delirio de profesional, ver de cerca y escuchar en su ambiente a un caballero notable y ejemplar de la vieja Sevilla. Y de preguntarle, más que por curiosidad, que sí la tengo, por aprender y transmitir luego, en lo posible, lo aprendido.

Porque el final sería contarles hasta qué punto unos hombres prudentes y sabios amaban a Sevilla, la requebraban, la sufrían y la servían de veras. Y de paso, decirles, con mayor fundamento, que la Sevilla de entonces y de muchos antes y la de ahora, es decir la eterna Sevilla nuestra es digna de dedicaciones así, de un gran cariño y de un gran respeto. De ser conocida mejor, paso a paso, año tras año, como el analista. En el espacio y en el tiempo, en su gloria y en su drama, luchando, también, contra los nuevos falsos cronicones, contra la arbitrariedad y la rutina, la frivolidad y la ignorancia que nos acosan hoy desde algunos flancos con la letra impresa.

Por todo esto, me gustaría haber conocido, haber escuchado por unas horas al buen caballero veinticuatro y analista de Sevilla don Diego Ortiz de Zúñiga.